

D. 18 del tiempo ordinario / C

Este domingo 18 del tiempo ordinario coincide con el inicio de un nuevo mes, agosto. Debemos de tener en cuenta este hecho, particularmente en el hemisferio norte, ya que gran parte de la gente comienza las vacaciones de verano. Por eso, en nuestra celebración dominical podemos encontrar caras nuevas que han llegado para pasar unos días de descanso entre nosotros: hay que acogerlos con naturalidad, que se sientan cómodos, e incluso si no conocen nuestro idioma convendría ofrecerles algún tipo de subsidio para una mejor participación en la eucaristía (una traducción de las lecturas en su idioma, por ejemplo, o un Ordinario de la Misa bilingüe).

En este marco vacacional para muchos, la liturgia nos habla de la centralidad de Cristo en la vida del creyente. Las tres lecturas nos transmiten esta idea de un modo y otro. Los cristianos pertenecemos a otra realidad, no debemos olvidar que estamos en el mundo sin ser del mundo (cf. Jn 17, 14-18). El bautismo nos ha introducido en esta nueva dimensión de la existencia.

*** ¿DESPRECIO DEL MUNDO?**

Las lecturas de la Liturgia de la Palabra de este domingo pueden hacernos pensar que el cristianismo desprecia el mundo. Ya que los tres textos asignados para hoy, con unas palabras u otras, si hacemos una lectura superficial, transmiten ese mensaje: «Vanidad de vanidades, todo vanidad», escucharemos en primer lugar; después, san Pablo nos exhortará a aspirar «a los bienes arriba, no a los de la tierra», en la segunda lectura; y, finalmente, en el evangelio, Jesús nos invitará a no acumular bienes terrenales.

Pero si leemos con profundidad los textos es otra la conclusión que sacamos. No se nos pide que no hagamos uso de los bienes terrenales, sino que no pongamos en ellos nuestro corazón. Que vivamos de otra manera. Que vivamos según la condición del hombre revestido de Cristo, despojado del hombre viejo (cf. segunda lectura). Un bello texto anónimo de los primeros siglos, dirigido a Diogneto, nos recuerda que: «los cristianos no se distinguen de los demás hombres, ni por el lugar en que viven, ni por el lenguaje, ni por su modo de vida. Ellos, en efecto, no tienen ciudades propias, ni utilizan un hablar insólito, ni llevan un género de vida distinto.» Sin embargo, su vida es diferente a la de los demás porque no tienen puesta su mirada en las cosas terrenales sino en las divinas: «Viven en la carne, pero no según la carne. Viven en la tierra, pero su

ciudadanía está en el cielo. Obedecen las leyes establecidas, y con su modo de vivir superan estas leyes.»

* ELEVAR NUESTRO HORIZONTE A DIOS

Qohelet, en la primera lectura, se muestra un poco escéptico ante la realidad humana: «¿Qué saca el hombre de todos sus trabajos y preocupaciones?» No nos viene mal una llamada de atención en esta sociedad que tiene puesta su confianza excesivamente en lo material, hasta tal punto de que la vida de muchos ha quedado eclipsada por la fuerte crisis económica que se está padeciendo. Todo ello debiera servir para que, indirectamente, abramos nuestro horizonte hacia Dios. Ya que sólo él da sentido a nuestra existencia, sólo él hace «prósperas las obras de nuestras manos» (salmo responsorial). Por eso debemos dejar de mirarnos a nosotros mismos para dirigir nuestros ojos hacia él y alabarlo «como creador y como guía» para que siga «renovando y protegiendo la obra de sus manos» (oración colecta).

* LO IMPORTANTE EN LA VIDA

Una y otra vez descubrimos, por experiencia propia, que las realidades terrenales no satisfacen al hombre, siempre queremos más y, con el tiempo, nos cansan y aburren. Jesús nos dirá en el evangelio, por medio de una parábola, que no debemos poner en ellas nuestro corazón, particularmente en el dinero, pues no es un valor absoluto. San Pablo, en la segunda lectura, no se centrará en las riquezas sino que describirá otros bienes mundanos que también debemos abandonar: «la fornicación, la impureza, la pasión, la codicia y la avaricia».

En definitiva, debemos revestirnos de Cristo con sus obras, debemos «buscar los bienes de allá arriba». Ni en la segunda lectura ni en el evangelio se concreta cómo nos hacemos ricos ante Dios ni cuáles son los bienes de allá arriba, pero podemos deducir que se trata de hacer realidad el mandato del amor de Jesús, dedicando tiempo a nuestra vida familiar, disfrutando de nuestras amistades, compartiendo nuestros bienes y conocimientos, contemplando la naturaleza... De este modo nos iremos transformando a imagen de nuestro creador y seremos «dignos de la redención eterna» (oración después de la comunión).

□ JOSÉ ANTONIO GOÑI

*Delegado de Liturgia de las diócesis
de Pamplona y Tudela*